

SOBRE LA LECTURA

Siempre he pensado que leer es una de las cosas más divertidas que un individuo puede hacer. Quizás esa vieja creencia, que mantengo aún hoy, provenga de una ya lejana infancia en la que la lectura era uno de mis pasatiempos favoritos. Mis más distantes recuerdos están asociados inevitablemente a una serie de lecturas que se iban desarrollando a medida que mi entorno familiar inmediato me las sugería.

pablo ney ferreira

Como cualquier niño, leía lo que me proporcionaban sin más opción. Quizás también tuvo que ver la natural tendencia infantil a la imitación. Mi padre era lo que se podría denominar

como un lector empedernido -en mi ya distante niñez, siempre pensé que el mejor negocio del mundo era el de poner una librería enfrente de mi casa- y pocas cosas podían distraerlo más que esa aparentemente aburrida idolatría que profesaba ante esos objetos completamente repletos de letras ordenadas de manera caprichosa.

Esta es la razón por la cual no entiendo los debates que se suceden por todos lados sobre si la gente lee o no lee, si debería de leer o si no debería de leer nada, y cosas por el estilo.

Todos sabemos que existen elogios que no nos resultan del todo convenientes, y de que muchos amigos pretendiendo ayudarnos a veces lo que hacen es complicarnos la vida. No todo el mundo que hace las cosas con buenas intenciones logra los objetivos que honestamente se había propuesto. Creo que esto es lo que está ocurriendo con quienes defienden la divertida y saludable costumbre de leer.

Estoy cansado de ver congresos repletos de sesudos escritores, críticos literarios, profesores de literatura, y demás genios que lamentan, en un tono casi sepulcral e insalvablemente aburrido, que la costumbre de leer esté agonizando y en vías de extinción, como si los lectores fuésemos algo así como los últimos mohicanos de una civilización literaria que ya está perimida, y bien sepultada bajo una loza de imágenes televisivas sin sentido y superada largamente por Internet y esas cosas. Lo único que sucede es que nosotros aún no nos hemos dado cuenta.

Se suceden lamentables y quejumbrosos artículos de escritores despechados, con argumentos que nos muestran algo así como la Apocalipsis cultural de una generación que se ha visto cegada por Internet, el cine, las fiestas y los videojuegos. El común de los mortales se va quedando poco a poco imposibilitado de poder ordenar, aunque sea en forma básica, las palabras para expresar sus deseos e inquietudes. La capacidad de comprensión de un texto es algo cada vez más difícil para las nuevas generaciones, y las tecnologías lo que hacen es potenciar esa tendencia a un número casi inimaginable de individuos.

Los defensores de las letras deberían ser más orgullosos, más altivos, exhibir más seguridad, de lo contrario lo único que logran es dar lástima

Esa letanía interminable de quejas, además de aburrir demasiado, no está dando ni el menor de los resultados esperados. Además no hay nada peor que añorar lo que nunca ha existido. Yo no sé si la gente lo sabe, pero autores que hoy nos parecen absolutamente imprescindibles, en su época solían vender a lo largo de varios años unos pocos miles de ejemplares en todo el mundo. Nunca ha habido tanta profusión de libros como hoy; el problema es que la gente los lea.

Lo que si es necesario resaltar es que la lectura ha caído notoriamente en territorios en los que los grandes lectores campeaban con holgura. El nivel de los debates parlamentarios es un buen indicador de lo que me refería; la dificultad manifiesta de muchos de nuestros augustos representantes de expresar ideas con claridad, o de manejar un conjunto medianamente

grande de palabras para explicitar y detallar sus iniciativas sumados a los inconvenientes que tienen los taquígrafos para corregir las por momentos caóticas exposiciones de los parlamentarios, entre otras cosas, son problemas que nos deberían llamar la atención, a nosotros y más aún a los

propios legisladores.

Todo esto es cierto, pero también es cierto que la quejosa y lastimera procesión de aburridos especialistas, escritores y demás seres, lamentando el ocaso definitivo de la lectura, y augurando todo tipo de calamidades civilizatorias venideras, es igualmente horrorosa.

BASTA DE LAMENTOS

Como bien dice el polémico escritor español Javier Marías, "un producto cuyos artificios lloriquean no resulta nada atractivo; un gremio que mendiga compradores, sin ningún orgullo, da la impresión de estar derrotado". Imaginen una publicidad de un producto cualquiera en donde el productor de dicho artefacto saliera en televisión lamentando que nadie compra lo que hace, y que la humanidad se echará a perder simplemente por esa común calamidad electiva.

A esto hay que sumarle los argumentos que manejan los heroicos y fastidiosos defensores clásicos de la lectura. Leo cosas tan divertidas como que la lectura nos acerca a otros modos de vivir la sensibilidad, de amar, de cultivar el alma, de aproximarnos a entender al prójimo, más propias de un tedioso y moralizante catecismo religioso que de una actividad que busca entretener y divertir.

Pero es que los propagandistas de la lectura no parecen contentarse ni siquiera cuando la gente lee. Los infernales lamen-

tos de estos cándidos promotores de la lectura contra El Código Da Vinci, o contra todo este tipo de enigmas idiotizantes que aparecieron a su sombra, creo que se podían escuchar desde todos los confines del planeta. No basta con que la gente adquiera el hábito de la lectura, sino que además debe leer las obras producidas por esta casta sacerdotal de la buena lectura, o en su defecto recurrir a sus lecturas recomendadas, de otro modo se estaría obrando de forma por demás errónea, y de cultivar el alma, la razón y todo eso, nada.

El colmo del vicio sacerdotal sería el de las lecturas obligatorias a los más jóvenes; nada más antipático, ni reconocedor de una impotencia mayor. Mucho mejor que eso sería el de persuadirlos, el problema estriba en el cómo, y además da mucho trabajo, siempre es más fácil obligar que persuadir.

Bueno, finalmente hay que reconocerlo: las campañas de difusión del hábito de la lectura son un fracaso espléndido, un deslumbrante desastre.

Aprovecho, -ya que estoy- a recomendar a mi enorme legión de lectores infantiles (bueno, en realidad, quizás no sean tantos), una serie de lecturas alternativas a las tonterías que les suelen recomendar por el mero hecho de ser niños, y les pido que se la comuniquen a sus padres.

Con dos o tres apreciaciones previas, es mucho más divertido -para un niño- leer por ejemplo La Ilíada o La Odisea, que Bambi o Dumbo; una buena Historia de las Cruzadas es mucho más fascinante que las idiotizantes Cenicienta o Caperucita Roja, bodrios famosísimos y leídosísimos. Así podría seguir con una lista enorme de lecturas infantiles que se pretenden a sí mismas entretenidas.

El mundo clásico y medieval es enormemente fascinante para los niños. Allí conviven en una misma trama monstruos mitológicos, guerreros heroicos, doncellas hermosas, batallas épicas, ejemplos morales, dioses omnipotentes y todo lo que a los niños naturalmente magnetiza y hechiza. Harry Potter, Las Crónicas de Narnia y todas esas cosas quedan muy atrás en emoción y divertimento respecto de una buena serie de aventuras clásicas reales. Que continúen leyendo las mismas tonterías es solamente responsabilidad de quienes así se lo indican. Los niños leen todo lo que se les indica, muy rara vez lo eligen, y aunque quizás no lo entiendan todo, si solo lo leen como un divertimento más, son mucho mejores y más entretenidas que Blancanieves o Piel de Asno.

Observando el patético espectáculo que nos presentan los aburridos defensores de la lectura, sugiero que probemos de otra manera. Los defensores de las letras deberían ser más orgullosos, más altivos, exhibir más seguridad, de lo contrario lo único que logran es dar lástima. Se debería presentar a la lectura como algo envidiable, como una costumbre absolutamente elitista, aristocrática, digna de unos pocos, y a la que el resto -pobres infelices- no accede por ignorancia, por desdén de sí mismos, y porque no saben lo divertido que efectivamente es. Nada atrae tanto como lo distante, lo que se hace rogar, lo que se ve inalcanzable, lo que se muestra impasible, lo que parece difícil.

Bueno, por lo menos es una idea, tal vez tampoco así consigamos nada, pero viendo la tristona lamentación de los defensores de la lectura, poco podemos perder si probamos de otra manera, aunque quizás no sea tan novedosa como pretende.

candidato a doctor en ciencia política universidad complutense de madrid

